

**Eduardo Camacho Guizado**

**Aquellos rojos años**

Bogotá, Planeta, 1990, 230 págs.

Alvaro Pineda-Botero

La novela *Aquellos rojos años*, del escritor boyacense Eduardo Camacho Guizado, es una historia lineal, coherente y verosímil, relacionada con la adolescencia y educación de un joven en un colegio de provincia regentado por religiosos, en la época de la violencia.

A partir de antiguos o tradicionales códigos de novelar (autor omnisciente, caracterización detallada de los personajes, tiempo lineal, curva dramática, lenguaje realista, clímax y desenlace), se van estableciendo las circunstancias del joven perteneciente a una familia liberal, quien se ve obligado a asistir a un sórdido colegio conservador y religioso, en donde recibe toda clase de vejaciones a causa de su filiación política. Guillermo —tal es su nombre— debe cursar el duro aprendizaje de la mentira, la calumnia y el perjurio como únicas herramientas para sobrevivir. El macrocosmos de la violencia partidista de la década de 1950, la mención sempiterna al asesinato de Gaitán, a las bandas de campesinos armados en el Llano, y otros lugares comunes de nuestra historia, están en esta novela manejados desde cierta distancia narrativa, para crear un clima denso e insufrible que se vive a dos niveles: en la familia señalada que busca la emigración como vía de escape, y en el colegio, en el que pertenecer al liberalismo por herencia es ya una mancha indeleble e imborrable.

El tono general de la obra es el del realismo. El capítulo XIV, por ejemplo, es una especie de digresión costumbrista para describir el mercado y sus olores, los utensilios de la

arriería, los hábitos pueblerinos, las comidas, los enseres de la gran casona campestre enclavada aún en el siglo XIX. La ciudad (posiblemente Tunja) no ha sido tocada por la modernidad, pero ya se presenta como un sitio de angustia y peligro. Por el contrario, el campo que la rodea es todavía paradisiaco, aunque se vislumbran en el horizonte signos de tormenta. Por estos y otros aspectos, la obra pertenece al más claro estilo realista-tradicional.

Sin embargo, es una novela amena e interesante. Sus logros fundamentales están en la detallada caracterización psicológica del muchacho, dentro de la mejor línea de la novela de educación (*Bildungsroman*): su despertar a la violencia inminente y transitoriamente detenida de su patria, y al mundo angustiado de los mayores; sus acercamientos tímidos al sexo, sus dolorosas vacilaciones entre el bien y el mal, entre la confesión y el pecado; y la manera lograda que utiliza el autor para mantener la curiosidad del lector.

**Tomás Carrasquilla**

**El padre Casafús y otros cuentos**

Bogotá, Editorial Norma, 1989.

Jesús Salas-Elorza  
*Universidad de Colorado, Boulder*

La Modernidad se caracteriza por ser un período donde domina el monofuncionalismo, y por una necesidad de recurrir a la síntesis. Es, además, una época que rechaza y suprime lo que considera superficial o complementario. No acepta lo lúdico, nada que lleve a la utilización de relaciones de superficie; es decir, el ornamento. Por lo consiguiente, la Modernidad representa una tendencia antiornamental.

La Postmodernidad, por otra parte, es la antinomia de la Modernidad, y sustenta

una ideología una de cuyas claves esenciales es el ornamento. Como resultado, las estructuras superficiales de la obra artística, su elaboración y estimulación sensorial se oponen a las estructuras profundas: esencia, originalidad, y la aspiración a una disciplina intelectual.

La presente edición de *El padre Casafús*, de Carrasquilla, es un ejemplo de las tendencias en la Postmodernidad hispanoamericana. Al considerar el texto, lo primero que surge a la vista es la impresión, por un lado, de una fotografía de quien se supone es el padre Casafús. Al verso se encuentra la impresión de esa misma fotografía. La percepción de estos elementos puede, también, darse a la inversa; primero percibir la sección que corresponde al negativo, luego la otra. Sobre el lomo del texto y la parte interior de las solapas se lee la inscripción "Cara/Cruz", cuyas palabras están separadas por varias líneas, algunas de las cuales están canceladas por una línea horizontal.

Ahora bien, la disponibilidad de la fotografía, a nuestro criterio, no puede ser meramente ornamental, como se podría llegar a creer, sino más bien persigue un propósito de integración a un nivel más heterogéneo; de otra manera se convertiría en un objeto monovalente. La propia organización formal de la fotografía en esta edición, por ejemplo, crea una ilusión óptica, dando cabida al factor humor. Pero hay más que eso, lo que nos presentan las solapas, lo estético, encuentra una cierta correspondencia en la organización interna. Por el lado de la fotografía descubrimos el índice de cuentos que integran la edición, y en el extremo opuesto, el contenido de estudios críticos sobre la vida y obra de Tomás Carrasquilla. La decisión a la que se tiene que enfrentar el lector de esta obra, es la de si empezar por la parte del negativo o por la otra. Pareciera fácil optar por una, no obstante, se nos obliga al libre albedrío. Dicha actitud pareciera, asimismo, responder a la observación que hace Angela Rocío Rodríguez en uno de los estudios introductorios: "El mundo que describe Carrasquilla no es el simple telón de fondo de un escenario sino un campo de acción". Cabría decir, además, que cada parte, desde el exterior al

interior de la obra, según la perspectiva de Bajtín, es "parte inseparable de la totalidad..."

Al considerar la presente edición, hemos podido confirmar que la ornamentación, en el movimiento de la Postmodernidad, cualquiera que sea su origen, resulta complementaria en el proceso de interpretaciones múltiples e inconsistentes. Por otro lado, la Postmodernidad representa el regreso al deleite estético.

**Germán Espinosa**

## **La liebre en la luna**

Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990,  
345 páginas.

Roberto Vélez-Correa

Germán Espinosa (1938) es uno de los autores colombianos más prolíficos de las nuevas generaciones. Con las novelas *Los cortejos del diablo* (1970) y *La tejedora de coronas* (1982) alcanza a consolidarse como novelista de primer orden, refrendando una labor estética reconocida en exigentes círculos artísticos del país, no obstante el escepticismo demostrado por el mismo escritor, precisamente en algunos de los ensayos que hacen parte de *La liebre en la luna*.

En efecto, Espinosa recopila en esta obra el fruto de un trasegar analítico comprendido entre 1968 y 1988; dos décadas de periodismo cultural que abarca y penetra los más variados campos del quehacer literario, sobre todo el vinculado a la reflexión sobre el lenguaje como vehículo de aproximación filosófica, o como materia prima de la creación lírico-narrativa.

Nuestro autor es, en esencia, un escritor, circunscrito al oficio con una devoción y un profesionalismo tales que le permiten abordar con erudición y elegancia profundos tópicos